

ARAMNIQUE

UN CUENTO A LA SOMBRA DE LOS CHIBCHAS



Coronel (r) MANUEL AGUDELO G.

I

En época lejana, antes de la Historia, en tanto que una tarde moría tras intensos calores de un día sofocante, **Zorata**, esposa de **Chemengua**, descansaba de sus fatigas cotidianas indolentemente recortada sobre un repecto del sagrado cerro de "Guachaneca", en los dominios de **Baganique**, Cacique de Jenezano. A su lado, con serenidad de adolescente, dormitaba **Aramnique**, hijo único y tesoro del viejo matrimonio. Al soplo de una brisa refrescante Aramnique abrió los ojos, fijándolos, medio ofuscados, en el astro enrojecido que llegaba ya al límite de su ocaso. Absorto, quizás, en pensamientos extraños, curiosamente interrogó:

—Madre; por qué **Zuhe** se va todas las tardes?.

—Hijo; porque así lo ha dispuesto **Chiminigagua**, el Todopoderoso. Así como nosotros nos fatigamos con el diario trajín, también **Zuhe**, nuestro Dics y protector, necesita descansar al final de su jornada; necesita dormir en su bohío, allá, muy lejos, debajo de los montes.

Entonces, madre, cuando llega **Za** (la noche), nos quedamos sin Dios?

—No, hijo. El no nos abandona jamás. Mientras duerme nos envía a la hermosa **Chía**, su esposa, para que, junto con las **Chagües** (estrellas) y los **Faguas** (luceros), nos amparen, nos acompañen e iluminen. Todos ellos vigilan nuestro reposo y dirigen nuestro sueños.

—Madre: Un día me dijiste que los sueños de **Chemengua**, mi padre y señor, como sabio que es de nuestra gran familia, son siempre verdaderos y proféticos. ¿Por qué, después de su último sueño, referido con tanto secreto entre los viejos, viven todos angustiados, pensativos, como si una gran desgracia se anunciara?.

—Hijo; las cosas que tu venerable padre presenciara en dicho sueño fueron espantosas. Durante muchísimas **Edades** (cada edad, 913 lunas o 70 años), la adorable **Chía** ha visitado la **Kikagua** (la tierra). Desde tan remotos tiempos **Chiminigagua** nos ha concedido la vida, la paz, la prosperidad y la bonanza. Nos ha permitido disfrutar de nuestros campos, como herencia propia, para el sustento de la gran familia Chibcha. Así, gracias a su poder y a su bondad, ha subsistido nuestra raza por tiempo inmemorial. Tenemos nuestros dioses y observamos sus principios. Tenemos nuestros soberanos y seguimos sus dictados. Somos dueños de nuestra propia historia y conservamos nuestras hermosas tradiciones. Somos, pues, amos absolutos y señores de nuestras tierras y de nuestros destinos. Pero tu padre, el sabio **Chemengua**, en su fatídico sueño presenció el desastre de toda nuestra raza, el aniquilamiento total de nuestro Imperio!... Vio seres extraños, poderosos y aguerridos, que llegaron a nuestros dominios y nos despojaron de tal modo que nos arrebataron hasta el **Soplo** (el alma) y la existen-

cia. Monstruos diferentes a los hombres, espantosamente crueles y terribles, que todo lo arrasaron... Nuestras gentes lucharon, pero su esfuerzo fue como arrojar hojarasca en el incendio. Los Zipas y los Zaques venerables fenecieron. Perdimos nuestros campos, se nos arrebató la **Fé** y todo nuestro dioses sucumbieron... Todo, todo, todo pereció...!

—Pero... Madre... Mi padre, amo y señor, pudo soñar acaso la sumisión y muerte de **Chiminigagua** y de **Zuhe**?... Y el exterminio de su templo en **Suamox**?... Entonces, al realizarse tan espantoso sueño... ¿quién nos dará el calor y la luz y quién perpetuará nuestra existencia?

—Ay, hijo!. **Chemengua**, tu venerable padre, contempló también la destrucción del sagrado templo en un incendio que llegó hasta la cumbre del **Gualkika** (cielo). Los adorables nombres de **Remichinchagagua** y de **Zuhe** se perdieron para siempre en la hecatombe!. Los intrusos impusieron nuevos dioses... lejanos... invisibles... desconocidos... misteriosos... sin esa presencia real como la que tiene nuestros dulces protectores...!.

—¿Pero no creés, madre, que tan terrible sueño sea solamente un aviso de **Chiminigagua** para que reformemos nuestra vida?.

—Oh!, **Chuta** (hijo) querido!. En verdad no somos perfectos, pero, con todo, procuramos seguir los dictados de los dioses. Hemos arreglado nues-

tras costumbres según las enseñanzas que de su parte nos trajera el gran **Bochica**, su más digno y noble **Chuque** (sacerdote). Quizás, como lo piensas, es posible que nuestros dioses tengan nuevos planes en sus designios, pero, de toda suerte, oh Chuta adorado!, los sueños de **Chemengua** son siempre ineluctables!.

—Pero, madre, si aquello se realiza, todos tendremos que luchar desesperadamente. Todos, con un valor inconstratable!. Es nuestro derecho!. Defenderemos nuestra Fé y nuestras vidas, nuestra libertad y nuestros legítimos haberes!. Pelearemos... pero... madre... por qué lloras... madre adorada?...

—Chuta querido!. La lucha tremenda llegará. Nuestras gentes, hombres y mujeres, pelearán hasta la muerte!. Pero nada!... nada... podrá el valor desesperado de los Chibchas ante el inmenso poderío de los monstruos!. Lloro, dulce tesoro de mi alma, porque **Chemengua**, tu padre, vio también en el templo, entre las llamas, bajo el altar supremo de **Zuhe**, consumirse en holocausto una gota adorable de su sangre!....

II

Largo tiempo transcurrió. Muchas lunas señalaron el rumbo impetuoso de la vida. La angustia producida por el sueño de **Chemengua** fue cediendo el paso a la serenidad, llegando casi hasta el olvido. De esta suerte, la existencia de las tribus prosiguió in-

mutable. Como antes, ni siquiera faltaron los pretextos para las festividades, con su cauda de curiosas ceremonias, preámbulo eterno de las orgías consiguientes. Las danzas y los cánticos se hicieron muy frecuentes, con su cortejo de bailarines y de saltimbanquis, de contorsionistas y payasos, de directores y asistentes. Las estrambóticas y monótonas canciones se dejaron sentir entre la barahunda cacofónica del vocerío, al compás de fotutos y de chirimías, de zampoñas y de tamboriles, de chuchos y de panderetas. Los vinos de piña y la clásica chicha siguieron pasando, sin intermitencias, de las canos a las totumas y de estas, por hermanable turno, a las ávidas bocas de los contertulios y fiesteros.

Tales entretenimientos duraban días enteros, con sus noches, hasta el total agotamiento de las gentes. Por ello, cuando faltaba ya la claridad vigilante de **Zuhe** o la alcahuete palidez de **Chía**, madrina propiciante del escondite entre las sombras; grandes fogatas prestaban los no menos alcahuetes oleajes de luces y tinieblas, al compás de la mayor o menor fogosidad de las llamas o del paso inesperado de la brisa. Desde luego, en medio de todo se rendía culto a los dioses tutelares: A la dulce y prolífica **Bachué**, emergida de las frías aguas de la Iguaque; a **Huitaca**, patrona de los apetecidos brebajes fermentados; a **Nemcatoa**, el Baco aborígen, amo y señor de las orgías; a **Chaquen**, árbitro y juez en las competencias y en las justas. Y también,

por qué nó?, algo o mucho para el temible pero siempre invocado **Gua-haloque** (demonio), patrono de las sombras y de las apetecibles tentaciones e instigador de todo pecadillo... o pecadote!.

Pero también, quizás como por variar, aquellas gentes trabajaban!. Eran fundamentalmente agrícolas. El maíz y la "turma" constituían sus frutos predilectos. Aunque también podemos contemplarlos en otros géneros de esfuerzos, tales como:

Tejidos: — Realizados según las enseñanzas de **Bochica**. Mantas y liquiras, túnicas y monteras, adornos y enseres en diversidad de especies y de coloridos que brotaban incesantemente de los rústicos telares. Manos expertas confeccionaban tapices y murales en variada profusión de juncos y de palmas, de espartos y de cañas, de algodones y de toda variedad de fibras disponibles.

Cerámica: — Fina y laboriosa, gozaba de merecida fama por su técnica factura y por el lujo de sus decorados.

Minería: — Fuente de los más valiosos y apetecidos elementos destinados a la satisfacción de necesidades o de la humana vanidad. La sal, el oro, las esmeraldas y los cuarzos eran elementos de estimación inapreciable.

Orfebrería: — Verdaderos expertos fueron los Chibchas, sin olvidar que la actual industria de la plata mar-

tillada tuvo su origen en el genio de tales artífices.

Arquitectura: — Representativa de elevada ubicación profesional. Solo que la erección de los templos y de los monumentos exigía la inmolación ritual de los inocentes **Moxas** para asentar sobre ellos, en vida, los pesados troncos magistrales a fin de obtener la perpetuidad y la grandeza. Eran los **Moxas** adolescentes impúberes, adiestrados y vendidos a grandes precios por los **Marbaraches** del Ariari.

Ingeniería: — Indispensable para la construcción de la intrincada red de vías. Allí las rutas atrevidas, los interminables empedrados, los puentes y las tarabitas y allí también los eficientes acueductos.

Comercio: — De activo desarrollo, especialmente por el sistema de trueque, aunque los Chibchas tenían establecido un aceptable sistema monetario a base de discos o de anillos de oro.

Guerra: — En cambio, el culto a **Chibrafrume** o Marte criollo era casi nulo. El Chibcha no fue un combatiente. Sus campañas, en general, fueron defensivas. Rodeados, en parte, por vecinos belicosos, como los Muzos, los Colimas y los Panches, nuestros hombres se veían en la necesidad de defenderse, pero no acometían expresamente a sus contrarios. El gran Cacique **Tundama** era el jefe que mantenía mayor aliento militar. Y bien se recuerda que **Que-**

muenchatocha fue el vencedor de **Ne-mequene**.

III

Aramnique pronto se transformó en un apuesto mocetón. Orgullo y prez de la comarca, se había captado la simpatía del Cacique **Baganique** y de la de su hijo, el Príncipe **Aramengua**. Y a tanto llegó la buena estrella de **Aramnique**, si por tal ha de entenderse ganar estimación a fuerza de merecimientos, que logró penetrar al endurecido corazón de **Quemunchatocha**, el terrible y poderoso Zaque ante quien nadie, ni Caciques, ni Jeques, ni Usaques osaban levantar siquiera la mirada.

Evidentemente la suerte de **Aramnique** estaba escrita desde los augurios de su nacimiento. En efecto: Las ranas, hijas de las lagunas y sagrados vehículos en la transmigración de los **Soplos**, entonaron especiales croas en esa noche de fulgurante plenilunio en la cual **Aramnique** descendió del principio eterno de la existencia a la vida material de los humanos. Además, cuando, según los ritos religiosos, debía el recién nacido entregar sus caballos a los dioses, **Aramnique** soportó impasible el arrancón de las sedosas hebras renegridas. Y estas, en el acto de su incineración, volaron rectas a la altura sin dejar ceniza ni residuo alguno chamuscado. Finalmente, en la sacramental ceremonia del "**cestillo navegante**", equivalente a nuestro bautismo, el pequeño bote de mimbre, portador simbólico del infante, na-

vegó veloz y seguro por las aguas heladas de la laguna y difícilmente fue alcanzado por los nadadores que partieron en su persecución. Todo ello era indicio seguro de una vida próspera y feliz. Ocurrió, eso sí que, al ser alcanzado el cestillo por uno de los perseguidores, por un descuido de este se volteó al agarrarlo, cayendo al agua el contenido representativo del venturoso niño. Este incidente preocupó a los familiares y jefes de la tribu. Acaso, tras una vida placentera, podría llegar una muerte súbita y trágica?.... Pero, nó!. Cuando el cestillo se volteó, la prueba estaba ya concluida como quiera que ya había sido tocado. Con todo, algo muy profundo y jamás mencionado quedó en la mente y en la conciencia de todos los testigos venerables.

De toda suerte, dentro de la clasificación de los valores humanos, **Aramnique** era un espécimen excepcional, sobresaliente. De compleción robusta, representaba un magnífico ejemplar de la raza indiana. Trabajador infatigable, agotaba en el esfuerzo a todos sus compañeros de labores. Atleta consumado, era paladín en certámenes y justas; ya en esas carreras agobiadoras denominadas "**Correr la tierra**", con las cuales se acostumbraba a celebrar cada etapa del proceso agrario; o ya en los demás ejercicios correspondientes a las festividades religiosas o cívicas. Fue invencible campeón en la lucha y bajo el poder de sus músculos se rin-

dieron los más veteranos atletas de todos los dominios de los Zagues. La flecha, la cerbatana, la lanza o la jabalina en sus manos eran armas poderosas y certeras. Como bailarín no conoció rival y como músico tampoco se quedaba atrás de nadie. Era miembro activo de las mejores chirimías y solía deleitar a sus amigos con las singulares melodías que arrancaba de zamponas, caracoles y fotutos. El ritmo que imprimía a los chuchos, cascabeles, panderetas o tamboriles, era todo un ritmo de gloria palpitante, iluminado con la luz centellante de sus vívidos ojos y con la alborada de su festivo rostro, siempre sonriente e insinuante.

Aramnique viajaba. Era el mensajero preferido de **Baganique** y de **Aramengua**, del **Paipa** y del **Tundama**, del **Turmequé** y del **Icabero**, del **Ramiriquí** y de los grandes Jeques. Y, cosa prodigiosa, lo era también del mismísimo **Quemuenchatocha**, el terrible Zaque. Pero gustaba especialmente demorar en el sagrado valle de **Iraka**, en el legendario **Suamox** o **Sugunmoxe** (santo invisible, habitante de sitio no hollado por el vulgo). Y parece que en ello no le faltaba razón. Porque allí, a la vera del suntuoso templo, conoció alguna vez a la hermosa y deslumbrante **Izayora**, sobrina predilecta del Gran Jeque. **Izayora** gozaba de merecida fama de ser la más dulce y bella, la más airosa y arrogante doncella de todos los dominios. Y, como era apenas natural, **Aramnique** sucumbió ante los encantos de **Izayora**! Esta, por su parte,

aunque no lo expresara, delataba su atracción por el mancebo con el fulgor incandescente de sus negros ojos, el incontrolable rubor de su hermoso rostro y el temblor de manos cuando **Aramnique** le hablaba o sonreía. Bien se ve, pues, por qué **Aramnique** prefería ser portador de mensajes para el **Suamox**, postrer bastión de la jerarquía de los **Momporen**, o para el Gran Jeque y Supremo Sacerdote del sagrado templo de **Zuhe**, como heredero directo del místico **Irakanzas**.

Pero no solamente los efluvios del amor llevaban a nuestro Adonis al hermoso valle de **Iraka**. Había también otro motivo de orden cultural o místico: el de sus contactos con el "Cuca" o Seminario del **Chiqui** (sacerdocio), origen de los futuros Jeques, Astrólogos y Sabios del Imperio. **Aramnique**, especialmente ávido e inclinado a los aspectos intelectuales y místicos, inquiría y aprendía muchas cosas de sus amigos **Chiquis**. Sabía cómo, tras la remota aparición de **Nemqueteba** (Bochica o Sadigua), acompañando de **Huitaka**, veinte edades atrás (principio de la Era Cristiana), el Gran Pontífice **Nomporen**, junto con el Astrónomo **Irakanzas**, fundaron en **Suamox** el famoso y trascendente **Cuca**. Con el correr de las **Bixogonoas** (edades), el **Cuca** se fue perfeccionando hasta tornarse en el centro generador de la ciencia y en la fuente suprema del saber. **Aramnique**, sin que le fuera permitido su ingreso en tan augusta Academia, gustaba frecuentarla en su condición de protegido del Gran Jeque y Pontífice, ha-

ciéndose confidente de los principales **Ogkis** (maestros). Llegó así a poseer apreciable aporte de verdades y de dogmas. Sabía leer el mensaje de las **Chaguies** (estrellas) y conocía mucho de la intrincada historia de los Chibchas, tan regada a lo largo de los tiempos, amén de muchos misterios de los dioses. Por ello, también, sus frecuentes incursiones a los ubérrimos campos del hermoso **Sugunmoxe**.

Como resultante de las enseñanzas que escuchara supo cómo, en remotos tiempos, las lagunas ocupaban enormes extensiones del territorio chibcha, las cuales, como fuentes inmediatas de la vida, se tornaron en los únicos dioses por entonces existentes. De allí el que las lagunas se hicieran sagradas y fueran adoradas por las gentes. Pero también, según le refirieron, al rodar de las "bixogonoas", las lagunas se fueron desecando y dando paso a la maravillosa fertilidad de los actuales valles. Y que mucho más tarde, el Señor de las Aguas, **Chibchacum**, se disgustó con los **Zipas** y con los moradores de la ya desecada **Bacatá**, por lo cual provocó lluvias tan torrenciales que las aguas inundaron nuevamente toda la extensión de la planicie. Pero, tras súplicas y llanto de las tribus, reapareció **Bochica** sobre luminoso **Cuehaviva** (arco iris) llevando en la diestra su barra de oro, símbolo de poderío, con la cual rompió la barrera de las aguas por el formidable bastión del Tequendama. Y en castigo por los desastres causados a los hombres, **Bochica** impuso a **Chibchacum** la tarea de cargar

el mundo sobre sus hombros (Atlas). Solo que **Bochica**, de acuerdo con la antiquísima tradición del **Cuca**, no solamente abrió la brecha del Tequendama sino que liberó muchas otras regiones del imperio de las aguas. Tal hizo con la descomunal barrera de **Tópaga**, para dejar libre la futura mansión de los dioses en el sagrado valle de **Iraka**. E igual proeza cumplió al descuajar las poderosas rocas de **Suesca** y también sobre formidable murallón de **Saboyá**.

Pero, según le enseñaron a **Aramnique**, al desecarse las lagunas los hombres levantaron la mirada hacia el **Gualkika** (cielo). Y con la mirada elevaron también el sentimiento. Además, con las enseñanzas de **Nemqueteba** comprendieron que la verdadera fuente de la vida y del poder creador proceden de lo alto. Por ello y desde entonces adoptaron como Dios y Ser Supremo al visible gestor de la energía universal, fuente de la luz y del calor, aliento y coordinador de la existencia y de la vida; al formidable y prepotente **Zuhe!**

Así quedó establecido, desde entonces, el culto venerable del poderoso astro, Señor del Universo, como fiel substanciación de **Chiminigagua** eterno. La Astrología tomó así el imperio de la ciencia. Se estudiaron, pues, los devaneos de **Chía** y de **Zuhe**; se descubrieron secretos de las **Chaguies** y de los **Faguas**; se recorrió el palacio de los cielos y se establecieron sus relaciones con los hombres. La ciencia astrológica del **Cuca** tomó como unidad de tiempo el lapso significativo

de las doce lunas (años), con una corrección cada doce veces. Cada luna se dividió en cuartos o grupos de siete días cada uno (semanas). Y **Aramnique** aprendió, inclusive, cómo cada "año" constaba de cuatro épocas diferentes (estaciones), determinantes de ciclos dentro de las labores agrarias. En otro orden de ideas y como tema trascendente enseñado por el sabio **Nemqueteba**, **Aramnique** conoció la existencia del **Soplo** (alma) y hasta el propio principio de la inmortalidad de esta. Tal noción explica la necesidad de los frecuentes mensajes a los dioses y a los **Soplos** de los muertos por medio de los **Moxas**. A estos mensajeros se les abría el pecho en vida, se les arrancaba el corazón y se regaba su sangre entre cánticos y plegarias. Así el **Soplo** del inocente **Moxa** era el portador de los mensajes a ultratumba.

Entre las muchas cosas que aprendió **Aramnique** de sus **Ogkis** en el **Cueca**, gustó mucho de la muy verídica historia del viejo **Goranchacha**, fundador de la dinastía de los **Zaques**. Nadie dudaba de que **Goranchacha** había sido engendrado por un rayo de **Zuhe**, cristalizado en esmeralda en las entrañas de una virgen princesa. Y que hecho ya hombre, fue ardiente paladín de la Paz, de la Caridad, de la Justicia, de la Cordialidad y del Trabajo. Pero que, ante la crueldad de los hombres, en una noche de tormenta huyó aterrado del Imperio, advirtiendo que solo regresaría cuando reinaran el Amor y la Paz entre los hombres!

Pero **Goranchacha** jamás ha podido regresar!...

IV

Retornando a los dominios del amor, sabemos que **Aramnique**, atrapado en las redes del "bichito", se dio a la tarea de conquistar el alma de **Izayora**. Asunto delicado por ser sobrina del Gran Jeque y dado que él, aunque hijo de **Chemengua**, el sapiente visionario, no era portador de sangre nobiliaria. A su favor gravitaban, sí, las preeminencias de su arrogante juventud y las virtudes emanadas de su personalidad sobresaliente. La benevolencia del **Zaque** y el afecto de los grandes Jerarcas le proporcionaban también indispensable ascendiente. Y con esa malicia tan propia de su raza, bien pronto se dio cuenta de la señalada distinción de que era objeto por parte del Gran Jeque, lo cual contradecía ampliamente los temores de **Izayora**, habida consideración del celo atávico de los Jerarcas y Magnates sobre castas y dinastías y, muchas veces, el anhelo de realizar enlaces de señalada conveniencia. De toda suerte, con "arte y maña" logró **Aramnique** el franco entusiasmo de la hermosísima muchacha. Y, por otra parte, el asentimiento general y el disimulo socarrón del Gran Jeque dieron al idilio el necesario certificado del "Paz y Salvo".

Pero era indispensable llenar a plenitud las exigencias tradicionales para oficializar el amorío, sin cuyo cumplimiento quedaba estancado el fu-

turo matrimonio. Primeramente era necesario cumplir la fórmula de la "conquista". Por tres veces consecutivas, al presentarse **Chia** en su plenitud, a hurtadillas y en la alta noche debía el galán colocar, bajo el portal de la doncella elegida, sendas ofrendas contentivas de los mejores y bien seleccionados presentes. Su aceptación a su desprecio determinaban el futuro del romance. Pues bien: Con la ayuda del Príncipe **Aramengua** y asesorado por la numerosas **Tiguyes** del harem, arregló **Aramnique** sus ofrendas. Artísticamente envueltos en bellísimas líquiras, se acondicionaron brazaletes y collares, cinturones y bandas, plumas y diademas, joyas y muchas de esas chucherías que tanto halagan el alma femenina. **Baganique** mismo contribuyó con hermosas figurillas de oro, las cuales obsequió al muchacho para colmar la plenitud de sus anhelos.

Feliz marchó **Aramnique** en la primera plenitud de la adorable **Chia**. Sigilosamente, cuando todo era soledad en la callada noche, trémulo de emoción colocó su ofrenda inicial en la mansión de su adorada. Se retiró sin ruido, como una sombra imperceptible que se aleja. No durmió. ¡Qué iba a dormir! Con el ansia en la garganta esperó entre un bosque vecino la radiante aparición de **Zuhe**. Y este, como nunca, al sobrepasar el sinuoso horizonte de los montes, bañó de luz y de calor el anchuroso valle. Con la ritual cautela y el necesario disimulo se acercó **Aramnique** a la morada de su ensueño y... Oh!, feli-

cidad indescriptible! La ofrenda había desaparecido del portal! Se había aceptado su homenaje!

Como ya, desde ese momento, no podía **Aramnique** ver más a su hermosa pretendida, hasta la fecha del "consentimiento", voló a su heredad de Jenezano. La tortuosidad de los caminos y la fragosidad de las montañas fueron entonces simples bagatelas. En esa misma fecha, cuando apenas **Zuhe** se había retirado a su bohío, entró **Aramnique** a su morada, radiante y poderoso. Entre los brazos de **Chemengua**, su padre y señor, y en el pecho de su madre y soberana, **Zorata**, entregó el joven el mensaje de su felicidad y descargó el copioso llanto de su venturanza.

La escena se repitió en la segunda plenitud de **Chia**. Y con el ansia natural se esperó la llegada de la tercera fecha. Pero entonces, a la llegada de la Diosa, no viajó solo **Aramnique**. **Chemengua** y **Zorata** lo acompañaron, seguidos de una cauda de compañeros y de amigos. Chirimías y caracoles, zamponas y panderetas, fotutos y tambores, cicutas y caramillos, chuchos y carracas, junto con las canciones y el vocerío de los viajeros, resonaron a lo largo del camino alegrando la quietud de los valles y la mudez de las montañas. Despertaron por todas partes la curiosidad de las gentes, muchas de las cuales se sumaron al cortejo. Las mujeres viajaban ataviadas con sus mejores túnicas y líquiras; los rostros y los brazos artísticamente decorados con bijuas y con jaguas.

Pero, de acuerdo con los ritos, no se podía penetrar al caserío de **Suamox**. Era indispensable esperar a prudente distancia, ya que nadie podía acercarse a la mansión. Esta ofrenda, como las anteriores, debía colocarse sigilosamente y en medio de la soledad augusta de la noche. Y así se hizo. Pero ya, a medio despuntar el alba, se fue acercando el cortejo, silenciosa y lentamente, en espera de la solemne aparición de **Zuhe** y de los acontecimientos ulteriores. Ya en las vecindades de la mansión y con un lampo mayor de claridad se pudo apreciar, sí, que la ofrenda había sido retirada del portal. Pero nadie podía pronunciar palabra alguna para no quebrantar la buena voluntad del Dios protector. Ni un leve sonido podía percibirse en esos instantes tan cargados de emoción. Minutos más tarde se distinguió en el portal de **Izayora** un pequeño bulto discretamente colocado. Ante ello las gentes reventaban de entusiasmo y casi estallaban sus gargantas, sin poder aún desatar palabra alguna. Solo por señas lograban entenderse y en tal situación los instantes se tornaron en siglos dilatados. Gentes regionales fueron llegando también, silenciosas y ricamente ataviadas. Caminaban de puntillas completando el semicírculo frente a la mansión. La luz ganaba terreno, pero la naturaleza aún estaba sumida en el silencio.

Mas, todo llega en la existencia. Saltaron las aves de sus nidos y, ellas sí, entonaron libremente los mejores arpegios de sus amantes corazones.

Pronto, entre fuego a borbotones, enrojecido y majestuoso se presentó **Zuhe**. No obstante era necesario esperar porque solo cuando el borde inferior del resplandeciente disco se desprendiera definitivamente de la línea de horizonte, podía alguien moverse de su sitio. Llegado el instante supremo, **Aramnique**, como una zaeta, se lanzó sobre el portal. Tomó el pequeño bulto allí colocado y, con manos entorpecidas por la emoción, principió a desenvolverlo. En el contorno se podía escuchar el vuelo de una mariposa, dado el silencio expectante de las gentes. Pero centenares de ojos, desmesuradamente abiertos, devoraban el desarrollo de la escena. Una bellísima diadema, en rojo y grana, tejida con especial delicadeza, escondía un diminuto y sugestivo envoltorio. **Aramnique** no acertaba a destarlo. Sus manos temblorosas no le servían para nada. Y cuando logró abrirlo quedó petrificado. Trató de hacer mil demostraciones, pero no logró hacer nada, dominado por sentimientos turbulentos muy superiores a la sensibilidad de su alma. Había encontrado una hermosa rosca del cabello de **Izayora**, símbolo ritual de aceptación y de total correspondencia de su amor!

Trancurrió así un minuto de expectante ansiedad. De pronto se abrió el portal.... Deslumbrante, como una reina, ostentando la fantástica belleza de una triunfal adolescencia e iluminada por los rayos directos de **Zuhe**, apareció **Izayora**!. Alta, morena,

de escultural donaire, gloriosamente ataviada con los mejores presentes de **Aramnique**, era la real encarnación de una suntuosa Princesa Oriental. Sus grandes ojos negros bordeados de tupidas pestañas eran un ensueño. Su rostro ovalado se hallaba delicadamente ornado con hermosos dibujos de bijua y de jagua y una arrebatadora sonrisa dejaba percibir envidiable dentadura a la vez que formaba picantísimos hoyuelos en el panal de sus mejillas. Y dominó el conjunto!. Portaba en sus manos, finas y tersas, un gracioso recipiente, como un copón de oro, en el cual llevaba el vino ritual, producto de las mejores piñas. Como una soberana, inclinando levemente la cabeza y entornando los párpados, saludó a **Aramnique**. Con graciosa mirada recorrió el cortejo en actitud de bienvenida. Lentamente, seguido por su ardiente mirada, levantó el copón a la altura de la frente, como en trance de ofertorio. Tras un instante de plegaria musitante, bajó el recipiente, brindó ante el conjunto, en el contorno y, con pausada majestad escanció la mitad del contenido. Luego, con la más tierna actitud de enamorada se inclinó sobre **Aramnique**, colocado ya de hinojos, dándole a beber el resto del dulce y significativo licor, en tanto que lo cubría con el tupido manto de su hermosa cabellera desbordada. La aceptación quedaba así pública y plenamente consumada!. Era el "Consentimiento"!.

Cuando **Izayora** retiró el recipiente vacío de los labios de **Aramnique** y,

erguidos los dos como estatuas que se contemplan fascinadas, estalló, entonces sí, el inmenso clamor de apoteosis. Incomparable salutación de aclamaciones y de vítores. ¡Fue la dicha desbordada!.

Y fue también el principio de espléndidos festejos, religiosos y cívicos, místicos y populares. Cinco días duraron tales festividades, alegres, clamorosas, memorables. Desde luego, en los momentos propicios, los novios visitaron reverentes el gran Santuario, el suntuoso Templo de **Zuhe**, presididos por el Gran Jeque y por los venturosos padres, presentando, a la vez, las necesarias ofrendas de gratitud y de esperanza.

Mas, como era de rigor el encierro de la novia durante otras tres visitas de la dulce **Chía**, en acto sagrado de purificación y como el Pontífice quería realizar el matrimonio en señalada conmemoración religiosa, sencillamente decidió: "Cuando la venerable Diosa **Chía** nos muestre su faz redonda y clara por diez veces, realizaré el enlace de mi adorable sobrina **Izayora** con el muy digno y querido **Aramnique**". En consecuencia todas las gentes iniciaron el retorno hacia sus lares a fin de preparar el bello acontecimiento y proseguir el ritmo cotidiano de sus vidas. Como **Aramnique** no podía ver a **Izayora** durante el rito del encierro, triunfante regresó también a sus bellas montañas y a la fecunda placidez de su valle encantador.

Peró la ventura humana en siempre fugaz en la existencia!. El arribo a las nativas tierras fue un desgarrón completo de toda la felicidad pasada. Noticias tremendas mantenían desorbitadas a la gentes, no tanto por la pendiente amenaza de **Tisquesusa** de vengar la muerte de **Ne-mequene**, cuanto por las espantosas narraciones que acababan de traer aterrados fugitivos **Yaragüies** y **Agataes**, vecinos de los **Muzos**. Según ellos, habían aparecido seres extraños, procedentes de incógnitas regiones, inmensamente poderosos y de una ferocidad sin límites. Tales monstruos, porque no eran otra cosa, habían surcado la vertiente del **Opón**, vencido la agreste cordillera, atravesado el azaroso **Saravita** y encaminaban ahora su devastadora marcha hacia las tierras ubérrimas del **Bacatá**. Son, decían los fugitivos, fenómenos parecidos a los hombres, pero cubiertos de durísimas escamas y su cabeza es como una **Tigua** (águila) brillante. Marchan acompañados de aterradores gigantes, seres "biformes" que tienen dos cabezas, cuatro patas terminadas en pezuñas de una sola pieza, dos brazos y abundante cola. Tales "biformes" son como un desconocido venado, sin cuernos, de cuyo lomo sobresale algo así como medio hombre. También se hallan cubiertos de escamas y la cabeza de arriba es también una **Tigua** brillante. Todos manejan durísimas "bandas", rectas y bruñidas, que reflejan

las luces de **Zuhe** y con las cuales cortan cabezas y arbustos como si fueran simples espigas de maíz. Los monstruos biformes llevan lanzas con puntas brillantes, tan duras y aguzadas que podrían atravesar hasta diez pumas a la vez. Pero lo más terrible de todo es que llevan el rayo entre las manos. Con truenos espantosos matan gentes y animales a mucho más de cien zancadas. Son inmortales y se denominan **Soagagoas** (Hijos del Sol). Nadie y nada los puede contener. Nuestras armas son como plumas ante la dureza de sus escamas. Son verdaderos **Guahaloques** conducidos por el mismísimo **Suativa** (Príncipe de los infiernos)!

Tales noticias cayeron ante el aterrado corazón de **Chemengua** como una lanza que lo hubiera atravesado. Consternado, desfalleciente e inmensamente pálido, el impotente anciano apenas pudo musitar: "Oh!, **Chiminigagua** poderoso!. Así... Así mismo ví yo a tales monstruos en el sueño que me diste!. Todo se consuma en este instante!... La gran tragedia se desborda ya sobre mi pueblo!... y sobre nuestros hijos!... Todo perecerá!... Todo se hundirá en el antro profundo de la devastación... de la sombra... del olvido;

Ay!... me muelo!... No resisto!...". Un síncope acometió al anciano, tendido en tierra a la vera de su mísero bohío. Al abrir nuevamente los ojos, pleno de mortal agitación exclamó con el postrer esfuerzo: "**Zorata**... **Aramnique**!... ¿Qué va a ser de **Aramnique** y de **Izayora**?

.... No puedo!... Ay!... No puedo más;... El fuego;... el fuego;... el fu...e...g...o...!". Y así **Chemengua**, el gran profeta visionario, como una víctima propiciatoria penetró al ensueño irremediable y sin retorno!.

Todo quedó hecho añicos en la vida de la tribu. **Zorata** se hundió en mortal abatimiento y muy pronto el dolor y la angustia acabaron también con su existencia. Quedó solo **Aramnique** ante el tremendo fantasma de la realidad. Su alma y su corazón quedaron destrozados. Mas, tras los primeros días de su múltiple tragedia, superando el horrible desconcierto de las gentes y con el furioso vendaval de la vindicta rugiendo sin descanso en el fondo atormentado de su alma, **Aramnique**, como el Fénix, renació!. Se hizo gigante!. Tomo en sus manos las banderas de su raza!. La promesa que de niño formulara se hizo coraza en su desnudo pecho y su voluntad de acero se tornó en venablo de ardor y de coraje!.

Baganique, el Cacique de Jenezano, había muerto víctima de **Quemuenchatocha**. **Aramengua** era, por tanto, el nuevo Soberano. **Aramnique** acudió ante él, pero halló su alma plena de terror, de hielo y de misterio. Voló entonces a **Hunza** y en **Quemuenchatocha** si encontró el hálito que necesitaba: Fé en el futuro y seguridad en el poder. El Zaque lo acogió entre sus guerreros y así inició **Aramnique** su actividad bélica, cristalizada en ardorosa campaña de propaganda, de alarma y de levantamiento de ánimo entre las pobres gentes despavoridas.

Logró adeptos. Con ellos organizó una fuerza guerrillera y concibió planes para el reclutamiento de masas eficientemente combatientes. Tropezaba, naturalmente, con la nativa mansedumbre de las gentes y, principalmente, con el terror que infundían las informaciones, cada día más desconcertantes. Se supo el amago de ataque de los Muzos al Señor de Bacatá y se siguió el itinerario de los Soagagoas, como huracán incontenible, marchando ya por Chipatá y Zorocotá, Moniquirá y Tinjacá, Guachelá y Lenguazaque, Cucunubá y Suesca, Nemocón y Zipaquirá. Ante la amenaza de los Muzos, alianza de **Tisquesusa** con los **Soagagoas** u **Ochies** (Españoles), de donde estos logran arribar serenamente a la gran planicie de **Bacatá** o "Valle de los Alcázares". Y es que los **Ochies** no se cuidan de acallar el espanto de las gentes y de regar amor y caridad bajo su amparo, sino que, antes bien, aprovechan el terror como fundamento de su empresa. Y muy pronto dejan traducir su avasalladora ambición por el oro y su afán desmedido de riquezas. Solo que para **Aramnique** cada oleada de espanto era un acicate y cada desfallecimiento de los suyos representaba un impulso formidable de su voluntad. Tenía alma de caudillo y el certero coraje de los conductores. Era todo un hombre!. Viajó. Viajó con el anhelo de levantar un ejército. Visitó a los Caciques de Turmequé y Ramiriquí, de Paipa y de Tundama, de Susá y de Gáme-

za, de Cerinza y Busbanzá, de Tutasá y Socotá, de Sátiva y Ocavita, de Chitaraque y Tupachoque y llegó hasta los dominios del Soatá. Sin duda alguna, en el **Tundama** halló el mejor ambiente potencial que su alma requería, junto con una voluntad total de resistencia. El **Tundama** comunicó a todos los Caciques de la región norteña la imperiosa necesidad de la unión para la defensa, conminándolos en términos imperativos, de superior a subalterno. Desde luego **Aramnique** estuvo también en **Suamox** en donde, no obstante el terror del Cacique, halló decidido apoyo en **Izayora**. Sin desfallecer en el amor, todas las energías de la pareja se dedicaron a la defensa de su raza y de sus fueros. Todos los preparativos para el matrimonio quedaron relegados.

Un día llegaron noticias trascendentes: La traición había tronchado la libertad de **Tisquesusa** y el Imperio de los Zipas cruzaba ya las últimas páginas de su historia. Fuerte grupo de **Ochies** había partido de Teusacá y tomó la ruta de: Guasca, Guatavita, Sesquilé, Chocontá, Turmequé, Tenza, Garagoa y Somondocó. Sin resistencia habían dominado tales regiones y se regodeaban con los verdes tesoros conservados por milenios en el seno de la tierra. **Aramnique** voló nuevamente a Jenezano, pero allí quedó desconcertado. **Aramengua** lo recibió hoscamente y en sus ojos leyó claros signos de venganza y de traición. Comunicó su inquietud a **Quemuenchatocha** quien,

pleno de confianza, trató de serenar el espíritu del joven. Para premiar sus esfuerzos y su decidida voluntad guerrera, el Gran Zaque constituyó a **Aramnique** en "Guecha" o Jefe Militar.

Pero ya por entonces las gentes, sorprendidas, habían descubierto que los monstruos "biformes" no eran tales. Eran dos seres diferentes. El gran venado sin cuerdos, al cual los **Ochies** llamaban "caballos", llevaba sobre su lomo al otro, al parecido al hombre. Y que para descansar se desdoblaban!. Espanto causó el saber que todos se quitaban las escamas para dormir y se descabezaban la **Tigua**, quedando casi pelados, como un simple **Cha** (varón), pero muy blancos. Y horror!; los **Ochies** dejaban a un lado los "palos" productores de los mortíferos rayos y los cuidaban con especialísimo interés, lo mismo que a los caballos, agrupados a un lado del campamento. Todo ello, antes que tranquilizar, aumentó la creencia de que tales artimañas eran cosa del maligno **Guahaloque**, con lo cual se acrecentó el terror entre la indiada.

Por Nengupá llegaron los **Ochies** hasta Ciénega y Ramiriquí, en donde se dividieron. Unos permanecieron estacionados en tanto que otros partieron por Viracachá, Siachoque y Toca hasta Iza. Pero de allí regresaron pronto a su base. Mas, en el camino de retorno, un indiano de aspecto principal les salió al paso. Con dificultad informó (ante Fernán Vanegas) sobre la existencia de **Hunza** y sobre los incalculables tesoros de

los Zagues, a la vez que se ofreció a conducirlos secretamente para caer por sorpresa en los viejos dominios del Imperio. **Aramengua**, el Cacique de Jenezano, consumaba así la indignidad de su traición y su venganza!

VI

Los "Hijos del Sol", guiados por **Aramengua**, partieron jubilosos hacia Hunza, contemplando de paso la fantástica "Loma de los Ahorcados". Intempestivamente, ante la sorpresa general, penetraron los **Ochies** a la vieja capital de los ilustres Zagues!. La menor resistencia fue imposible; **Quemuenchatocha**, prisionero y humillado, con el supremo orgullo de su casta y la soberbia actitud de Soberano, inició su agonía de ayuno y de tristeza, de ira sofocante, contenida e impotente, hasta morir sin doblegarse. **Aramnique**, enardecido y asqueado por la traición de su Cacique, huyó con sus gentes a las tierras del **Tundama** a quien informó sobre el trágico suceso. El **Tundama** meditó y preparó su defensa. Encomendó a **Aramnique** la organización de una campaña de hostigamiento, a base de certeros golpes de mano con guerrillas volantes integradas por mozos bien seleccionados. Para iniciar operaciones le dio un plazo de dos cuartos de luna (era ya el 22 de agosto de 1537). Dispuso también el **Tundama** una concentración de fuerzas de todos los cacicazgos del norte, incluido el de Soatá, la cual debía iniciarse por cada uno al recibo de

la orden. Como artificio se propuso halagar a los hispanos en sus más destacadas debilidades constatadas: Voracidad por el oro e irreprimibles lúbricos instintos. Sobre esto último **Aramnique** instruyó a **Izayora** para que, junto con otras doncellas, sin dejarse tocar ni mucho menos manciillar, provocaran los instintos de los **Ochies** hasta incitarlos a salir de sus campamentos aisladamente para tomarlos indefensos y al detal. El éxito de esta arriesgada empresa se inició con propicios vientos, dado que los sátiros principiaron a seguir tras el engaño, seducidos por las inalcanzables doncellas, las cuales, a su debido tiempo, desaparecían como sombras entre el bosque. Con el incremento de confianza se esperaban copiosos resultados. De toda suerte el poder de los antiguos monstruos perdía ya su primitivo embrujo.

Infortunadamente **Aramengua** denunció también la existencia del gran Templo de **Zuhe**, en Suamox, amén de los espléndidos tesoros que ocultaba. Ello despertó la codicia de los invasores, los cuales se pusieron inmediatamente en marcha hacia Paipa. Ladinamente el **Tundama**, quien aún no contaba con fuerza suficientes, envió un cargamento de presentes a los Castellanos con la halagadora promesa de que allí podían esperar nuevos y mejores regalos. Entre tanto alistó a sus escasas gentes disponibles sobre los cerros de Bonza y en los islotes ubicados dentro de los pantanos existentes. Solo podía limitarse, por el momento, a simples o-

peraciones de contacto y dilatorias. Cuando los Hispanos se dieron cuenta del engaño prosiguieron su marcha hacia **Suamox**, librando apenas escaramuzas con la fuerza del **Tundama**. Pero en estas escaramuzas aprendió **Aramnique** cosas importantes: En primer término constató cómo los Hispanos no eran inmortales, como tampoco los caballos. Vio que las escamas no eran tales, sino metálicas vestiduras de defensa. En fin, que con cierto entrenamiento y arte se podía luchar ventajosamente contra los desacreditados monstruos. Igualmente le cupo en suerte contemplar la muerte de **Aramengua** quien, por ambición de lujo, había cambiado su vestidura por los flamantes arreos de un Duitama, falleciendo a manos de un Hispano por natural confusión en el combate.

Dejó sus escasos seguidores al amparo del **Tundama** y, con el anhelo de levantar gentes y engrosar las filas, voló a **Suamox** en donde esperaba obtener el apoyo del cacique. Pero halló al **Iraka** ya desguarnecido por la fuga del **Suamox** y de sus vasallos. Solo le quedaba la salvación del Gran Jeque, de los **Chuques** y Sabios del **Cuca**, a la vez que procurar el desmantelamiento del Sagrado Templo.

El Gran Jeque se resistió a abandonar el Santuario y ya **Quesada** le pisaba los talones. La menor resistencia era ya imposible, por lo cual, en trance de espera de ocasión propicia, el magnífico **Güecha Aramnique**, junto con **Izayora** y los padres de esta, se

refugió en las vecindades del Sagrado Templo.

VII

La expedición de **Quesada** penetró así, libremente, al legendario y desolado valle de **Iraka**, a donde llegó ya entrada la noche en ese martes, 4 de septiembre de 1537. Encaminó sus pasos a las inmediaciones del Templo pero, para apreciar en todo su contenido la magnificencia del Santuario y aprovecharse mejor de todos sus tesoros; el jefe hispano impidió el pillaje nocturno, para lo cual bloqueó su propio campamento.

Pero no todas las gentes soportaron la voracidad de la ambición ni el acicate de la curiosidad. Pasada la media noche, **Miguel Sánchez** y **Juan Rodríguez Parra** desertaron furtivamente y, por entre las frondas del jardín circundante, buscaron afanosamente la entrada del Santuario. Pero todo se hallaba cerrado y sumido en el silencio. Una brisa ligera realizaba mística danza de luces y de sombras bajo los rayos tremulantes de la diosa **Chía**, en esa noche final de su reinado. Decidieron los hispanos romper los muros de juncos y de espartos y así penetraron al ámbito sagrado de los nativos dioses.

Izayora y **Aramnique** habían espionado alrededor del campamento. La muchacha se dio cuenta de la fuga de los castellanos y de su criminal violación del augusto monumento. Buscó a su prometido a quien informó sobre el suceso. Volaron ambos a la

cueva secreta que, por un túnel, daba entrada al anchuroso espacio del Santuario, con desemboque bajo el túmulo supremo de **Zuhe**. Sabían que el Gran Jeque, en su mortal angustia, se había encerrado en el templo, solitario y decidido a perecer a los pies de sus dioses soberanos, motivos de su Fe. Al penetrar **Izayora** y **Aramnique**, el Gran Jeque se hallaba prosternado, elevando sus plegarias entre sollozos contenidos. Los dos sacrílegos, con una tea improvisada entre las manos y sin constatar aún la presencia del anciano venerable, contemplaban abismados la suntuosidad avasalladora del recinto inmenso.

Enfurecido **Aramnique**, decidió atacar a los hispanos. Ordenó a **Izayora** atender al gran pontífice en tanto que él va a armarse en el arsenal del templo. Desciende **Izayora** al lado del anciano, lo levanta en vilo lanzando a la vez violentas imprecaciones, maldiciendo a los intrusos. Estos, profundamente conturbados por la presencia inesperada de tales seres y por la agresiva actitud de la muchacha, tras corto lapso de terror reaccionan y se lanzan contra la altiva pero desolada pareja. **Izayora**, enfurecida, ataca con sus armas naturales, las uñas y los dientes. Esto motivo la caída de la tea inflamada que portaba Miguel Sánchez y... como sobre un tapiz de pólvora prende el fuego en la mullida alfombra de rescos juncos, ungidos, para su conservación, con aceitosas resinas inflamables. Las llamas se propagan con velocidad desconcertante. Parte **Izayora** en busca de

Aramnique para castigar entrambos el horrendo sacrilegio, pero el fuego devora ya los muros inmediatos, entretejidos de juncos y de espartos, de carrizos y de cañas y se acerca incontenible hacia el altar sagrado. El anciano Jeque, de pie, erguido, con la augusta majestad de los antiguos profetas, con los brazos en alto pide perdón para los sacrílegos pero conmina a la invasora raza. Entona un salmo de su Fe y, proclamando la exaltación de sus dioses moribundos, se entrega como víctima al violento sacrificio de las llamas!

Iracundo aparece **Aramnique** al pie del túmulo de **Zuhe**, armado ya de poderosa lanza. Observa a los hispanos en el instante en que, aterrados e impotentes, se fugan por el abierto muro que les diera entrada. Se arroja a perseguirlos pero **Izayora**, en su tremenda turbación, se le abraza y, enredados por la lanza, ruedan ambos por el ya incendiado pavimento. Pronto se levantan pero, por el tiempo perdido, han quedado ya atrapados por el fuego. Ante lo irremediable y con un valor propio de los dioses, sellan la eternidad de su amor con el único beso de sus vidas y, entrelazados, con la heroica arrogancia de los mártires, entonan el himno postrero de alabanza ante sus dioses. Como una lámpara votiva gloriosamente se entregan al supremo holocausto, santificando así para la posteridad, con el último llanto de los dioses nativos, el amor sublime, puro y encendido y la fe suprema ante la majestad de Dios!

Y cuando sus almas ya purificadas vuelan al Trono Omnipotente, el espíritu de **Zorata** deja escuchar por los espacios infinitos, sobre las cenizas de los Dioses Chibchas que acababan de morir, aquella voz profética que pronunciara ante su hijo adolescente, en esa tarde sofocante, sobre el repe-

cho del cerro de "**Guachaneque**": -
"Lloro, dulce tesoro de mi alma porque **Chemengua**, tu padre y señor, vio también en el Templo, entre las llamas, bajo el altar supremo de **Zuhe**, consumirse en holocausto una gota adorable de su sangre!

